

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE

UNA BANDERA DISCUTIDA

4º Domingo del Tiempo Ordinario. **Presentación del Señor.** Ciclo A 2020*Lucas 2, 21-*

*Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para **presentarlo** al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será al Señor, y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor.*

*Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado **Simeón**; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la **consolación** de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el **Espíritu Santo** que no vería la muerte antes de haber visto al **Cristo del Señor**. Movido por el Espíritu, vino al **Templo**; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:*

*Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en **paz**; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de **todos los pueblos**, **luz** para iluminar a los gentiles y **gloria** de tu pueblo Israel.*

*Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a **María**, su madre:*

*Este está puesto para muchos en Israel **caigan** y **se levanten**; será una **bandera discutida**: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti misma una **espada** te atravesará el alma.*

*Había también una profetisa, **Ana**,... no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.*

Amigos, amigas:

Esta palabra, **Presentación**, que nombra la festividad de este domingo, señala lo esencial del acto que tiene lugar en el Templo de Jerusalén. Los actores son los miembros de la Sagrada Familia y dos personajes que aparecen por una única vez en el Evangelio, Simeón y Ana. Esta acción es el cumplimiento de la ley mosaica, que manda a los padres de un recién nacido visitar el templo de Jerusalén para “rescatar” al niño, cuya vida pertenece a Dios.

De ese modo escenifican una acción de gracias. La vida es un regalo, el nacimiento de un niño es un regalo, Jesús niño es un regalo. Misterioso regalo:

“...Esa invicta y caudalosa posibilidad es la realidad que llamamos **NIÑO**. Este brotar de la unicidad, que es más que generación y nacimiento, que es además gracia, la gracia del de nuevo, del otra vez, del siempre poder volver a comenzar de nuevo” (M. Buber).

En cada niño hay lo radicalmente nuevo y único y bueno. Con el permiso del medio social, tan oprimente a menudo, cada niño plasmará en su vida algo nuevo, algo “de suyo”. Y la novedad, la **Buena Nueva** que trae el nacimiento de Jesús, ya la conocemos. En Jesús nuestro Señor, **Dios se nos regala** a sí mismo.

¿Y qué toca a los que han recibido el misterioso regalo? Toca agradecer, **agradecimiento**. Y agradecer en su forma más elevada, que es la de **restituir**. Dar gracias no es sólo el ritual de palabras y cumplidos, que es parte de los buenos modales; ni un hermoso canto de alabanza, como el del anciano Simeón. (¡Quién pudiera entonar ese canto al final de la larga jornada de la vida y su tiempo de espera!) Un don se agradece compartiéndolo - amor con amor se paga -. El sentimiento que puede acompañar al dar y compartir es un sentimiento singular, porque no siempre nos sentimos realmente a gusto, felices, incluso *divertidos*, en la acción de compartir. He aquí a los padres con el Niño en el templo, **ofreciéndolo**: “Nos has regalado este hijo. Aquí está, haz con él, sea con él lo que tu voluntad decida”. Esto es lo que ellos están haciendo en el templo, ponerlo en las manos de Dios, y asumir la parte de responsabilidad que les cabe en el crecimiento y la educación de Jesús Niño.

Eucaristía

Nosotros, lectores del Evangelio, nos unimos también a la acción de José y María. Celebramos cada domingo la Eucaristía: es la **restitución** que nosotros hacemos al Padre por el don de Jesús, nuestro hermano. *Te ofrecemos lo mismo que tú nos entregaste...*, se dice en una de las Plegarias Eucarísticas de la Misa. La vida de Jesús, sus palabras y sus obras, hasta el martirio, fue el cumplimiento del **ofrecimiento** que hicieron sus padres al presentarlo en el templo. Y la consumación del ofrecimiento al Padre es su muerte en la cruz. Nosotros nos unimos a ese ofrecimiento. No estuvimos allí, y lo **revivimos** ahora con nuestra participación. Hasta simples detalles, como ser puntuales, adoptar las actitudes que corresponden a cada parte de la celebración (de pie, sentados, de rodillas...), contestar al sacerdote o recitar con él algunas partes de la misa, escuchar,..., forman parte del **sacrificio** nuestro que se añade al sacrificio de Cristo. De modo que no nos acercamos a la Eucaristía con las manos vacías. Y tampoco salimos vacíos de ella. Jesús resucitado, Jesús vivo, es hermano y compañero de nuestras vidas.

Una bandera discutida

Unas palabras de Simeón se dirigen particularmente a **María**. Y también a todos en cualquier tiempo. Cristo fue una bandera discutida, una piedra de escándalo, un **signo de contradicción**. Y lo será siempre. De modo que quien conozca a Jesús, se encontrará con un interrogante en busca de una respuesta: el **seguimiento**, la **indiferencia** o la envidia que engendra **odio**. Jesús dijo en una ocasión: *¡Dichoso el que no se escandalice en mí!*. Nos vemos continuamente en constante desafío: es preciso tomar **decisiones**. Hay una opción global - quiero seguir a Cristo - que se fragmenta en las pequeñas decisiones en el día a día de la fe. Y lo hacemos poniendo en juego nuestra **libertad**, nuestra libre voluntad. Porque no es el caso de una “ideología”, algo que tiene que ver sólo con “ideas”. Más bien se trata de un proyecto de vida, en el que Cristo **propone**, nos pone delante en forma de llamada ese proyecto, y la libre decisión de cada uno de nosotros **dispone** en forma de una **respuesta**. La fe es una respuesta a la llamada de Jesús.

La espada

Las palabras de Simeón son un presagio profético. *La espada* que atravesará el alma nos hace pensar en el destino de la madre de Jesús, el inocente que será ajusticiado y condenado a muerte. Y contemplamos el cuadro de María junto a la cruz de nuestro Señor. *Stabat mater...* ¡Pero qué contraste entre el silencio de María junto a la cruz y el lamento-oración de Jesús crucificado: *Dios mío, Dios mío...!* ¿Ha sido para María la muerte de Jesús sólo la espada de sufrimiento de la muerte del hijo? ¿O ha sido también el mantener el alma en pie junto a la cruz, y **creer sin ver**? Cuando el odio y la muerte triunfan, ¿cuál es el sentido de esa muerte en la providencia de Dios? ¿Fue para María la muerte de Jesús el oscurecimiento de una **noche oscura**, en la que también ella podría unirse a Jesús rezando el comienzo del salmo 21 que Jesús grita: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Es “la hora y el oficio de las tinieblas”, cuando la luz pascual no ha llegado todavía... Pero sin pérdida de la **esperanza**. El salmo 21 termina con un canto de esperanza.

La Oración-Agenda

Mi vida diaria, mi vida de fe, es una sucesión de decisiones responsables. **La fe no improvisa**, sea a la hora de una decisión de futuro, como casarse, adoptar una profesión, ser predicador los domingos, tener el cuidado de los niños en la función de padres o como educadores, etc., o las pequeñas decisiones del día. La responsabilidad no improvisa. Y la **oración** no es cosa de uno solo ante Dios, estamos también ante los demás.

Una manera de *orar* es reservar un tiempo para repasar lo que se va a hacer en el día. De **Jesús** dice el Evangelio que se reservaba a veces toda una noche de **orar** cuando había de tomar una decisión importante, como por ejemplo, elegir entre sus discípulos a un grupo de colaboradores más próximos. Esa manera de orar es para hombres y mujeres de fe y acción; personas a las que su vida diaria obliga a dar pasos comprometedores. En este sentido, los que tienen poco que hacer, tienen poco que orar. Y los que tienen mucho..., merece la pena recordar que nuestra vida puede volverse “atea por falta de tiempo”. Del Papa Francisco se dice que dedica a orar largos tiempos en su jornada. Y nos preguntamos cómo puede dedicar tanto tiempo a orar con la cantidad de cosas que tiene hacer. Pero seguro que repasa delante de Dios las muchas cosas que le tienen ocupado, es una especie de **Oración-Agenda**. Es que es un hombre con mucho que hacer, y por tanto con mucho orar. Tal vez mi caso se parece al suyo, aunque sea un poco.

Bernardo Beny

LECTURAS MEDITATIVAS

Leer sirve de poco. Sólo sirve el meditar

Israel, la Iglesia, los pueblos

El Templo de Jerusalén como institución es tan cuestionable como la institución eclesial. Pero para un Israel que no vive con la mirada vuelta atrás y no se abandona al pasado, sino que permanece abierto el obrar nuevo y sorprendente de Dios, la acción de Dios se

mostrará como el cumplimiento de lo ocurrido hasta ahora y por ello dará comienzo precisamente en el Templo. Las dos figuras proféticas (Simeón y Ana) y los padres de Jesús son signos de una vida buena “insatisfecha”, que no abandona resignada su anhelo ni se sobrepone a él mediante un religiosidad patentada, sino que se atiene a las experiencias de la gracia de Dios, y por ello siente hambre de que se haga realidad su presencia, y la aguarda en el futuro. Con todo eso, todo ello acontece de una manera completamente inesperada. Ellos piensan en la espada del juicio, sin la cual es imposible la buena venida de Dios. Sólo quien se libera de toda falsedad y disimulo sabe lo que significa la gracia y la paz de Dios. Esto es la “consolación” de Israel. En ello, todo lo que Israel ha experimentado a lo largo de los siglos con la palabra de su Dios, se hace visible como un servicio a los pueblos que confiere a su vez a Israel su sentido e identidad como “luz de los pueblos” (Isaías 49, 6). Simeón muestra que la paz consiste en que uno recupera su calidad de miembro y deja hacer a Dios.

E. Schweizer

Consolación de Israel

[Presentación de Jesús en el Templo... Simeón esperaba la *consolación de Israel*...]

Lo que hay en un primer plano en el relato es la felicidad, no el consuelo. Según el Evangelio de Lucas, en la “Presentación del Señor” ambas cosas están diferenciadas. Los padres llegaron al templo y ofrecieron, conforme a la Ley, todo lo que parecía necesario para la felicidad del niño. En ese momento, Simeón, uno que esperó largamente, fue lleno del Espíritu. Tomó al niño en sus brazos y dijo: *Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos* (2, 29 ss.). Y Ana, la anciana profetisa, alabó a Dios por este niño.

Para diferenciar entre los sentimientos de felicidad y la “consolación” más honda, Ignacio de Loyola introdujo un ejercicio espiritual. Aprendió paso a paso a dejar de lado lo que no le hacía bien y no podía ser un consuelo para siempre. Sabía por propia experiencia que la desgracia y la dureza del destino no pueden recibir consuelo para siempre, ni siquiera con una nueva felicidad. Como Simeón y Ana, tomó en sus brazos al niño, que es Dios mismo. El encontró “consolación” en el “Yo soy” (Dios) hecho hombre. A menudo no podemos hacer nada frente al sufrimiento y la desgracia – pero podemos, por medio de un discreto acompañamiento de alguien semejante, establecer una relación fuerte y consoladora con esta dificultad. El Papa Francisco pone de manifiesto el significado de esta diferencia entre felicidad y consuelo: Dios no “teme la ternura” – se hace niño, se hace pequeño.

Es verdad que la naturaleza y la música pueden mitigar el dolor – y también el calor de la vieja padilla. Quien en momentos tales de felicidad, permanece sin embargo desconsolado ante la finitud de este universo y en medio de la inmensa necesidad de este mundo, Dios lo toca en la caída como un niño.

P. Eicher